

JOKIN MUÑOZ

Letargo

Traducción:
JORGE GIMÉNEZ BECH



ÍNDICE

El mecano	9
Silencios	29
Chantillí	49
1	49
2	63
El examen.....	83
El silencio de la nieve.....	105

El mecano

A Pablo Muñoz Zabalegui

El niño tiene los párpados entreabiertos. Lagrimea sin cesar desde hace días, quizá desde el momento en que se inició aquel persistente ataque de tos. Por eso ahora ve a su padre como envuelto por la neblina, a la vera de la cama.

«Se ha traído una silla de la cocina –dice para sí–. ¡Es que las sillas del cuarto son tan pequeñas! ¡Y papá es tan grande!» Sonríe al recordar a su padre sentado en una de aquellas sillitas, con las rodillas encogidas a la altura del pecho. Le viene a la memoria aquel día en que fueron al circo. Su padre le había llevado por primera vez haría cosa de mes y medio. El circo no le había parecido nada extraordinario, pero los payasos le habían entusiasmado. Sobre todo cuando el payaso tonto, montado en una bicicleta minúscula, se puso a dar vueltas alrededor del payaso serio. ¡Qué manera de reírse! ¡Y de toser! Su padre no le quitó la mano del hombro mientras duró el espectáculo. Era el gesto de afecto predilecto de su padre. Cuando salían de paseo, sentía a menudo sobre su cuello aquella manaza. Cálida. Grande. Sí. Lo del circo fue estupendo. Y eso que aquel día no era su cumpleaños. Ni tampoco lo era cuando, una semana después, le trajo el mecano.

«¡El mecano, papá!», quiere exclamar el niño, pero sólo le ha salido una leve sonrisa, y eso a duras penas. Se ha quedado sin voz. Hace tiempo que la garganta no le obedece. Su padre acerca la mesilla de noche hasta colocársela entre las rodillas, y extiende sobre ella las piezas del mecano, tal como viene haciendo estos últimos días a esta misma hora.

Hacía mucho que el niño le había echado el ojo al mecano. Una mañana de domingo salieron a pasear, como de costumbre, y entonces lo vio por primera vez, justo en medio del escaparate de la mayor tienda del barrio. Su padre no le hizo mucho caso cuando, con la cara pegada al cristal, señaló el mecano. Además estaba montado. Era una grúa, como de medio metro. Parecida a las que había visto cantidad de veces en el puerto de Pasaia. El tendero había dispuesto alrededor de ella algunas piecitas de adorno, para hacer ver que quedaban aún muchas más piezas y que, si se deseaba, se podía montar no sólo aquella grúa, sino cualquier otra cosa. «¡Mira! ¡Mira! ¡Un mecano!», se puso a gritar el niño, perplejo ante lo que estaba viendo. Pero su padre no le prestaba entonces tanta atención como ahora, ni tampoco le ponía la mano sobre el hombro con tanta frecuencia. Sus padres le repetían una y otra vez que corrían tiempos difíciles, y le hablaban de no se sabe qué guerra, y le decían que él no era el único niño de la familia. Estaba su hermanita María, y también el nene que un día saldría de la tripa de mamá.

El hijo, sin embargo, no cejó en su empeño. Siguió, domingo va, domingo viene, parándose ante el escaparate para mirar fijamente al mecano, con la esperanza de que así lograría ablandar a su padre. Pero todo fue en vano. Luego llegó Navidad, y aguardó expectante el día de Reyes.

«Hoy, la de Pasaia», le dice su padre. Se refiere a la grúa del puerto de Pasaia. Cuando el niño estaba sano, subía toda la familia a la chalupa en el puerto de Pasaia, y cruzaban hasta San Juan para pasar allí la tarde del domingo. Al niño se le iban los ojos tras aquellas grúas inmóviles a la orilla del muelle. Como siempre que pasaban por allí era domingo, nunca las había visto funcionando. Parecían abandonadas. Exhaustas en su herrumbre.

«¿Te duele, Andrés?»

De sobra sabe que su hijo no le oye, pero ha aprendido ya a percibir su estado de ánimo en los ojos. Lleva más de un mes en la cama, el pobre.

Toma la primera pieza. Despacio. Quiere dar a su hijo tiempo para que le siga los movimientos. Ahora la coge, ahora la coloca. Desde que empezó a tomar los últimos medicamentos, el niño está como adormilado, y le cuesta tomar conciencia de lo que sucede a su alrededor. Su padre incluso le habla más despacio.

«Estamos construyendo la base –le explica–. La base tiene que ser sólida. ¡Ni te imaginas las cargas que tiene que levantar esta grúa!» El niño le ha oído eso mismo cantidad de veces, casi todas las noches, pero espera precisamente esas palabras desde el mismo instante en que su padre ha esparcido las piezas sobre la mesilla de noche. «Son las piezas más grandes. Las pequeñas son para ponerlas arriba del todo», prosigue el padre.

¡Cómo se había arrepentido de no haber traído el mecano a su hijo el día de Reyes! Junto con los calcetines, bragas y calzoncillos que la madre acostumbraba a regalar, habían puesto, al lado del regalo destinado a su hermanita María, aquel duro balón que el niño de ninguna manera esperaba. La pequeña María se abrazó inmediatamente a la gigantesca muñeca de trapo, bastante mayor que ella. El niño, por el contrario, se agachó ante al balón y se dedicó a pasárselo de una mano a otra, sin mayor interés. Estaba claro que esperaba el mecano, pero no pronunció ni media palabra al respecto. Luego se mantuvo como pudo erguido ante su madre, mientras esta le probaba calzoncillos y calcetines. Se dejaba hacer, pero no estaba contento. Y su padre se dio cuenta de ello. La cosa no era únicamente que, mientras él esperaba un mecano, los Reyes le hubieran traído un balón. Su padre percibió algo más en la actitud del niño. Vio un muchacho crecido allí donde hasta entonces sólo había un niño.